

Gente Que Pasa

Por MARINO GOMEZ-SANTOS

EL PROFESOR MAYOR ZARAGOZA



Sucedió en Granada. Los bioquímicos españoles se reunieron estos días en su IV Congreso Nacional, al que asistían doscientos cincuenta científicos. Las reuniones de trabajo, en las aulas de la Facultad de Farmacia, fueron muy intensas, y los resultados parece que alcanzaron un alto nivel, al decir de las máximas autoridades asistentes.

Contaba este Congreso con la presencia de los premios Nóbel, los profesores Severo Ochoa y Carl F. Cori, además de Leloir, que, según los más enterados, está en puertas de alcanzar ese gran premio de la Academia sueca.

Asistía también el profesor don Carlos Jiménez Díaz, que era el primero en llegar a las aulas, rejuvenecido y dando ánimo a los jóvenes bioquímicos.

Culminó el Congreso con la investidura de doctor «honoris causa» de la Universidad de Granada a los profesores Ochoa, Leloir y Cori, en un acto solemne que tuvo lugar en el aula magna, con la asistencia del claustro en pleno, autoridades locales y los estudiantes universitarios, que acudieron para vitorear y apiaudir como si se encontraran en un campo de fútbol.

Pero sobre todas las cosas que el cronista presencié en Granada en estos días, admirables por muchos conceptos, quiere destacar muy particularmente la figura del presidente del comité organizador del Congreso, el profesor Mayor Zaragoza, catedrático de bioquímica de la Universidad granadina, joven de treinta y tres años, titular de esta cátedra desde hace ya cinco, que actuó como padrino en la investidura de doctor «honoris causa» de los profesores Ochoa y Leloir.

El discurso del profesor Mayor Zaragoza, en el que ensalzó la personalidad científica de sus apadrinados, se esperaba que fuera, quizá, una relación de méritos, en la línea de los «curriculum vitae», con abundancia de términos ininteligibles para el profano. Pero el profesor Mayor Zaragoza—que sabe algo más que mucha bioquímica—subió a la tribuna del estrado para recibir a sus apadrinados con un bellissimo discurso poético, de corte moderno, pero sin perder en ningún momento el carácter y la línea científica que el acto tenía.

El profesor Mayor Zaragoza impresionó profundamente, no sólo a los personajes a que se refería en sus palabras, sino al claustro y al numeroso público que llenaba el aula magna, al mismo tiempo que nos confirmaba, de manera rotunda, que los jóvenes universitarios de hoy ensanchan su andadura más allá y por encima de lo que se ve a través de un microscopio o de un código legislativo.

Al salir del acto preguntamos en el patio de la Universidad a un bioquímico importante:

—¿Quién es este joven profesor?

—Uno de los grandes valores positivos de la Universidad actual. El premio Nóbel Krebs le ha llamado a su departamento de bioquímica de Oxford para que trabaje con él un curso.

Hora es de que conozcamos a nuestros hombres de ciencia, antes de que sea tarde.

PUEBLO, 6 ABRIL 1967.